

Por la inquietud a Dios

MEMORIAS DE UN MONJE PINTOR

por Dom Wilibrordo Verkade, benedictino de Beurón.

(Traducción de la segunda edición alemana por Dom Justo Pérez de Urbel, benedictino de Silos).

Al lector

Este libro es una historia con todos los encantos de una novela. El P. Verkade nos cuenta en él, con una sencillez encantadora, con una primitiva frescura, los azares y alegrías de su niñez, los entusiasmos y aventuras de su juventud, y las divagaciones y ensueños de un corazón fogoso que busca la belleza y la verdad, ¡Páginas bellas, de una suave intimidad, que serán saboreadas por todos los que sienten la gracia del bien decir, por todos los que se interesan en los caminos de Dios, y por cuantos estudian los secretos resortes que se ocultan en el fondo de las almas! Los espíritus atormentados, los corazones que sufren esa inquietud saludable, de que habla el P. Verkade, y que es la primera insinuación del llamamiento divino, encontrarán seguridad y reposo en la atmósfera serena y familiar de estas páginas. Y el que tenga gusto por conocer las corrientes de la literatura y el arte, hallará aquí capítulos del mayor interés, por su carácter anecdótico, por su deliciosa objetividad y por el buen humor que respira el relato, un relato que es al mismo tiempo la historia de un alma, y la de una generación artística, la generación del simbolismo, cuyas huellas todavía perduran en las artes y en las letras.

Jan Verkade

El Padre Wilibrordo Verkade, que en el siglo se llamaba Jan Verkade empieza su relato de la manera más

sencilla: «Nací en Zaandam, cerca de Amsterdam, el 18 de septiembre de 1868». No fue bautizado, porque su padre pertenecía a la secta de los menonitas. Su educación religiosa fue muy descuidada. En su casa no se decía más oración en común que el *Benedicite*. Una costurera que iba algunos días a trabajar a su casa, le dijo, cuando era niño, acerca del catolicismo, algunas cosas que no le hicieron ninguna impresión. La religión católica era entonces para él, como para la mayor parte de los protestantes, un objeto de desprecio. Caminando un día por las calles con su hermano gemelo, Erico encontró un devocionario. Lo abrieron y lo primero que hallaron fueron las Letanías de la Santísima Virgen: «Leímos aquello de 'Torre de marfil, Vaso insigne de devoción, Casa de oro, Estrella de la mañana'..... Esto nos hizo reír, y sin más, arrojamos al agua *todas aquellas majaderías*».

Un día el director de la escuela a que asistían, dijo a su padre: «Lleve usted sus hijos a un pensionado, porque son muy traviosos y viven muy sueltos en casa». En la pensión, la única enseñanza religiosa era la lectura en público de la Biblia y algún sermón de cuando en cuando, predicado por un *dómine* protestante. A los 18 años Verkade era un incrédulo, un racionalista, que respondía a su padre cuando le proponía la recepción de la confirmación menonita: «Deja que pasen los años, para que pueda formarme un criterio en materias religiosas». Sólo pensaba en sus pinceles; con verdadera pasión se había entregado, después de algún tiempo pasado en una Academia de Bellas Artes, a pintar paisajes, a copiar la naturaleza muerta. Para variar, leía las obras más famosas de la literatura de aquellos días: Daudet, Zola, Flaubert, Goncourt, Balzac, Tourguenev, Tolstoi, Dostoiewski. ¡Cosa extraña! Estos novelistas no solamente le dieron ideas nuevas acerca de la vida y el arte, sino que contribuyeron a formar sus convicciones religiosas, a pesar de que

todos ellos, menos Dostoiewski, tenían tendencias hostiles a la Iglesia, y es que tanto en Francia como en Rusia, el cristianismo ha arraigado demasiado para no traspasarse en toda la vida cotidiana.

De esto se pudo convencer al entrar en París. Cuando llegó a la gran ciudad, Gauguin, el legislador del simbolismo, era tenido por uno de los *dii maiores* de la pintura. En torno suyo se agrupaba una pléyade de discípulos que después han adquirido renombre universal. Entre bromas y entre veras se llamaban a sí mismos los Nabis-Profetas. Al grupo pertenecían Sérusier y Maurice Denis, «el nabi de los bellos icones». Denis era entonces un joven arraigado en las creencias católicas, que ha conservado después en medio de sus triunfos; bueno, bondadoso, «de ojos puros como los de una virgen y amables como los de un niño». Admitido en el círculo de los nabis, Verkade recibió la influencia de las doctrinas que allí reinaban. En materias religiosas Sérusier era un discípulo de Eduardo Schuré, un propagandista celoso de la teosofía. Con frecuencia se exaltaba recomendando a sus compañeros *Los Iniciados*, el evangelio del teosofismo; hablándoles del gran todo, de la metempsícosis, de la regeneración, del alma inmensa, clave del universo..... Estas conversaciones fueron provechosas al nabi obefiscal, como llamaban a Verkade sus contertulios. «Al cabo de un mes», dice, «estaba convencido de que hay una realidad superior a la que vemos con los sentidos, e imperceptiblemente llegué a creer en la existencia del alma y en su inmortalidad bajo cualquier forma que fuese». Años más adelante pagó a Sérusier este beneficio abriéndole las puertas de la Iglesia.

En este estado de alma se dirigió Verkade, acompañado de un israelita danés, Mogens Ballin, a «la santa Bretaña», en busca de motivos de arte, sin saber que allí le aguardaban motivos más altos de alegría y felicidad. En-

tre el ambiente religioso de aquel paisaje, leyó Verkade un libro de Balzac, que Sérusier le había recomendado, *Seraphita*. En él expone el autor las ideas teosóficas de Swedenborg, y entre muchas cosas disparatadas, describe con palabras ardientes la fuerza de la oración. «Es menester que vaya una vez a misa», se dijo Verkade un día. Y fue, llevado por la curiosidad, por diletantismo artístico, y también..... por la voz de Dios. «Llegó un instante en que todos se arrodillaron. Yo reflexionaba; una lucha fuerte se libraba en mi interior. ¡Cómo! ¿Yo arrodillarme? Mi orgullo protestaba enérgicamente contra tal humillación. Pero era tanto lo que sobresalía, que al fin hube de hacer como los demás. ¿Cuánto tiempo estuve arrodillado? No lo sé; parecióme muy largo, porque aquello me causaba una gran desazón. Al fin los hombres se levantaron, y yo con ellos..... Pero no era el mismo que antes; ya era medio católico; se había roto mi orgullo; me había arrodillado». Una inquietud horrible empezó a visitarle entonces. «¡Qué palido estás!» le decía su amigo Sérusier. Al poco tiempo, una jovencita de rasgos puros y místicos, que le sirvió de modelo para su primer cuadro de Madona, le preguntó por qué no iba todos los días a misa. «Rezo a mi manera», dijo él. A lo cual repuso la joven: «No tienen los labios de usted muchas trazas de rezar». Estas palabras le impresionaron fuertemente; y no fue poco lo que contribuyó a su evolución interna el trato con otro pintor, católico a su modo, que hablaba con entusiasmo de la Iglesia, tal como él la entendía, y recitaba bellos sonetos dogmáticos de Verlaine.

Después de más de un año de ausencia, quiso dar una vuelta por su tierra, y telegrafió a su madre: «El hijo pródigo vuelve a casa, y ruega que maten el becerro gordo». En Amsterdam asistió a un concierto que cantaba la misa en sí menor de Bach. Repartiéronse programas con el texto en lengua vulgar, y entonces leyó con gran curio-

sidad el *Credo*. «¡Cosa extraña!» dice; «yo aprobaba todas las palabras del *Credo*, y me decía: esta es la fe verdadera; no puede ser de otra manera». Pero era la «Santa Bretaña» el teatro donde se había de completar el proceso de su conversión. Volvió a ella, y de paso por París, cayó en sus manos el libro de la *Imitación*, cuyo valor literario le sedujo; pero sus ideas teosóficas le impidieron penetrar en el fondo de la doctrina del Kempis. También esta vez le acompañaba su amigo Ballin. Instaláronse en la villa de Saint-Nolff, cerca de Vannes. «Los grandes iniciados» de Schure, eran también esta vez el devocionario predilecto de Verkade. Leíale a la puerta de la posada los domingos, mientras el pueblo asistía a los divinos oficios. Pero el verso solo, oyendo cerquita los ecos alegres de los rezos y los cantos le llenaba de tristeza. Al fin un domingo cogió a hurtadillas en el mesón un libro de misa, y se fue a la Iglesia, con una silla bajo el brazo. Su temperamento de artista se deleitaba en aquel ambiente religioso de sencillez popular. Poco a poco fue conociendo los cantos y ceremonias, y tomando parte en ellos con gran admiración de las gentes.

«Un día Ballin trajo una nueva terrible. Dentro de quince días los jesuitas vendrían a predicar una misión. Esto ya era demasiado para mí: 'Señor', me decía, 'si llegan estos dragones del cielo, nos iremos de aquí para no volver hasta que ellos se hayan marchado. El día de la Ascensión llegó el primer jesuita para anunciar la misión. Yo no fui a misa, porque el jesuita predicaba. Desde fuera le oíamos tronar. '¡Espantoso!' dije yo, '¡Abominable!' replicó Ballin». Verkade salió de Saint-Nolff. Ballin tuvo valor para quedarse. Unos cuantos días después volvió el prófugo, pero los jesuitas estaban todavía, y dio la casualidad de que yendo un día de paseo se encontrase con uno de ellos. Verkade pudo ver que no eran tan terribles como creía; y se aventuró a pedirle un rato de

conversación. El jesuita allanó las dificultades que se presentaban; y dispuso a su catecúmeno para recibir el bautismo. Al marchar, quedó convenido que volvería pronto para dar el paso decisivo. Pero Verkade tuvo miedo, y cuando el Padre jesuita volvió a Saint-Nolff, había él huído. Avergonzado por esta acción, envió al Padre una carta de excusas; mientras tanto la gracia seguía obrando en él hasta decidirle a abrazar con el corazón lo que hacía algún tiempo creía con la mente. Señalóse el bautismo para el 25 de marzo.

«Escogí por padrino a un joven carpintero, llamado Juan Gachet, hombre amable y bello, piadoso y alegre. Un día fui a buscarle a su casa. Me recibió como de costumbre, de la manera más cordial. Ya antes nos habíamos tratado y éramos buenos amigos. Nos sentamos el uno frente al otro en el huerto, un lugarcito delicioso y lleno de calma. Después de hablar algunos minutos de cosas indiferentes, le dije: 'Juan, ¿no has oído decir por ahí que me voy a hacer católico?'—'¡Oh! dijo él, 'si uno hiciese caso de todo lo que dice la gente! ¡Necedades, señor, necedades; no se preocupe usted de eso!'— 'Pero, Juan', repliqué yo, 'si lo que dice la gente fuese verdad, ¿querías ser mi padrino en el bautismo?'—'¡Caramba!'—repuso aquel buen muchacho, 'pues naturalmente. ¡Ah, sí, el catolicismo es una religión maravillosa. ¡Qué contento estoy, señor Jan! Venga, éntre, vamos a celebrar el acontecimiento. ¡Eh, pronto, madre, el licor, unas copas..... ¡A su salud, señor Jan, a su salud! Al día siguiente iba a la ciudad para comprar un devocionario bien encuadrado, que quería regalarme el día de mi bautismo».

El bautismo se celebró en Vannes; Juan Gachet fue el padrino, y el padre jesuita le administró. Acto seguido el recién bautizado recibió la confirmación de manos del obispo de Vannes. Cuenta luégo Jan Verkade su viaje a

través de Italia; su permanencia en Fiésole, donde se bautizó su amigo Ballin, y donde él vivió medio año haciendo vida franciscana dentro del convento; su vuelta a la familia, pasando por Beuron, a donde le llevaron las teorías artísticas del P. Desiderio Lenz, fundador de la escuela beuronesa; su afortunada exposición en Copenhague, que le dio ocasión para conocer a Jorgensen, y finalmente su entrada definitiva en la abadía de Beuron, donde ahora permanece, continuando las gloriosas tradiciones de aquella escuela.